

PONIENTE

Jesús María Sáez

PONIENTE

Una novela de Jesús María Sáez «Txusmi Sáez».

Primera Edición: julio de 2019.

ISBN: 978-1073857364

Vitoria-Gasteiz, País Vasco - Basque Country (España - Spain).

txusmi13@gmail.com

www.txusmi.com

www.jesusmariasaez.com

Fotografías: Héctor Contreras Medina y Carolina Cruz Cobos.

Modelos de portada: Acerina S. y Rafael Díaz Codes.

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Corrección de textos: Rosina Iglesias.

Código de registro legal CCA:

1906131157127 Novela.

1906131157622 - 1906131157646 Portada.

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores del País Vasco.

«El viento es un caballo:
óyelo cómo corre
por el mar, por el cielo.

Quiere llevarme: escucha
cómo recorre el mundo
para llevarme lejos.

Escóndeme en tus brazos
por esta noche sola,
mientras la lluvia rompe
contra el mar y la tierra
su boca innumerable.

Escucha como el viento
me llama galopando
para llevarme lejos...»

(Pablo Neruda)

ÍNDICE

<i>PRÓLOGO</i>	9
<i>CAPÍTULO 1 Autovía del norte, autovía del sur</i>	18
<i>CAPÍTULO 2 Málaga</i>	32
<i>CAPÍTULO 3 Benalmádena</i>	45
<i>CAPÍTULO 4 Málaga</i>	58
<i>CAPÍTULO 5 Torremolinos</i>	71
<i>CAPÍTULO 6 Fuengirola</i>	85
<i>CAPÍTULO 7 Málaga</i>	96
<i>CAPÍTULO 8 Vélez-Málaga</i>	107
<i>CAPÍTULO 9 Córdoba</i>	116
<i>CAPÍTULO 10 Nerja</i>	127
<i>CAPÍTULO 11 Málaga</i>	139
<i>CAPÍTULO 12 Rincón de la Victoria</i>	155
<i>CAPÍTULO 13 Málaga</i>	168
<i>CAPÍTULO 14 Estepona</i>	178
<i>CAPÍTULO 15 Málaga</i>	190
<i>CAPÍTULO 16 Alhaurín de la Torre</i>	202
<i>CAPÍTULO 17 Málaga</i>	215
<i>EPÍLOGO</i>	228
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	239
<i>OTROS TÍTULOS DEL AUTOR</i>	241

PRÓLOGO

DISTRITO PALMA-LA PALMILLA, MÁLAGA

Lunes, 2 de agosto de 2010

—Estoy cansada esta noche. He dormido muy mal, con pesadillas... —comentó la patrullera de seguridad ciudadana a su compañero de unidad.

—Pues no nos queda nada todavía —respondió este, mirando el reloj del salpicadero. Marcaba la una y cuarto—. Hasta las seis nos falta un buen rato. Puedes contarme las pesadillas, si te apetece; a ver si son diferentes a las mías, porque yo las únicas que tengo están siempre relacionadas con que soy incapaz de llegar a fin de mes.

—No me extraña en tu caso: divorciado, con dos niños y pagando casas, estudios y pensión. Lo que no sé es cómo lo haces con el sueldo justito que nos llevamos.

—Pues de regreso al hogar paterno, hija mía de mi alma, porque si no la otra opción es dormir bajo el puente de Santo Domingo...

La patrullera rio con el comentario.

Un semáforo en rojo hizo que se detuvieran en una intersección concurrida, próxima al estadio del Málaga Club de Fútbol. Dejaron de hablar mientras observaban a un grupo de jóvenes que cruzaba por el paso de cebra. Iban generosamente cargados de alcohol y probablemente de alguna cosa más. Al percatarse de la presencia policial, la pandilla lanzó una especie de saludo militar a los agentes, medio en broma medio en serio, intentando disimular su estado.

—Espero que tengamos un servicio tranquilo —continuó la mujer con una mueca de extraña premonición mientras aguardaban a que el disco cambiara nuevamente al verde para proseguir acto seguido la ronda por un barrio con fama de ser bastante conflictivo dentro de la capital andaluza.

Pero ella, en el fondo, estaba convencida de que aquella madrugada entre el domingo y el lunes les iba a deparar algo más que unos turistas borrachos enfrascados en una pelea de bar de copas. Le abordaba una inquietud difícil de explicar, una sensación perturbadora.

Súbitamente, casi cómplice de los pensamientos, la emisora se activó con una musiquilla en forma de pitido de aviso que no presagiaba nada bueno. Surgió, a continuación, una voz alterada, retumbando con intensidad en el interior del Citroën Xsara:

—¡Indicativo Z24 para H20! Confirмен su posición.

—Z24 a la escucha. Estamos en La Rosaleda —contestó con rapidez la chica apretando el pulsador lateral del micrófono de la emisora.

—Recibido —siguió el subinspector que gestionaba la sala del 091—, diríjense urgentemente a la calle Máximo Gorky. Se ha producido un atraco con armas de fuego en la farmacia de guardia situada a la altura del centro de salud La Roca.

—Vamos para allí. Tiempo estimado de llegada tres minutos...

Los rotativos azules comenzaron a girar en el techo del vehículo, tiñendo las paredes de las viviendas circundantes con unos fogonazos intensos que destacaban en el desconchado de los ladrillos caravista. La sirena ululó brevemente cuando rebasaron el semáforo, aún cerrado, e invadieron parte del carril contrario para realizar una maniobra veloz, obligando a detenerse al tráfico que se aproximaba en sentido opuesto.

—Según nos comentan los compañeros de otro indicativo que se encuentra en el lugar —informó la radio de los patrulleros—, dos individuos armados han causado al menos un herido en el establecimiento y se han apoderado de pastillas ansiolíticas, metadona y diversas sustancias más.

—Entendido y recibido.

Cuando la pareja llegó al lugar, dos coches policiales se hallaban ya en el sitio. Los cuatro agentes encañonaban con las pistolas a un par de hombres de unos treinta y tantos años notablemente sobreexcitados, sin duda, por consumo de estupefacientes, armados con lo que parecían revólveres Smith & Wesson del 38 bastante antiguos, de los que circulan por el mercado negro barriobajero.

—¡Tiren las armas al suelo y pónganse de rodillas con las manos en alto! —Ordenaba un oficial con voz serena a la par que contundente.

—¡Que os jodan, maderos de mierda! —berreó uno de los atracadores, parapetado junto a unos arbustos y con manchas de sangre en la camisa de franela desgastada. Le temblaban las manos como a un anciano presa del párkinson.

—¡Al suelo! —gritó otro de los agentes protegido tras la puerta abierta del coche patrulla—. ¡No tenéis escapatoria posible! —Estaban empezando a perder la calma.

La agente de policía que acababa de llegar tras el aviso de la central se fijó en la cara del individuo que permanecía en silencio. Le resultó familiar. Portaba una bolsa de Carrefour rebosante a más no poder de cajas de pastillas y envoltorios con jeringuillas que caían sobre el suelo seco del parque por sus bruscos movimientos. Con la mano diestra apuntaba dudoso de izquierda a derecha, enfocando alternativamente a los diferentes efectivos policiales sin tener claro dónde detenerse.

Finalmente cruzó la mirada con la chica. Ambos la sostuvieron sin pestañear. La patrullera esgrimió un gesto lastimero notando que los ojos se empañaban con lágrimas de impotencia. El yonki esbozó un ademán de lo que podía ser acaso una leve sonrisa, incomprensible para el resto de los actores de la grotesca tragedia.

—¡Que os den por el culo! —aulló el compañero sobreexcitado, disparando contra uno de los policías que tenía enfrente, sin alcanzarlo.

Los restantes miembros de Seguridad Ciudadana abrieron fuego al unísono y abatieron a los dos individuos, que cayeron fulminados sobre el césped del jardín.

El grito de la mujer perduró en el silencio posterior a los fogonazos, deteniendo el tiempo por unos instantes interminables. Salió corriendo hacia los cuerpos tendidos en el suelo sin vida. Tomó entre las manos la cabeza del que había reconocido. Lo estrujó contra el pecho mientras lloraba de dolor y desesperación...

El riego automático programado se activó de pronto sumiendo toda la escena en un surrealismo húmedo, extendiendo la sangre roja sobre el manto verde del parque. Diluyendo de esa manera tan burda la desdicha bajo una lluvia purificante, y

acallando el bochorno insoportable de la noche malagueña con un llanto de desolación.

PLAYA DE LA CONCHA, SAN SEBASTIÁN

Viernes, 16 de junio de 2017

—No puedes seguir así, Aitor. Estás a punto de tirar por la borda todo lo que has logrado hasta ahora. Créeme, te lo digo como amigo, no como compañero. Seguir fingiendo que no sé nada es poco realista. Esta situación la estás manejando mal, no conduces las riendas correctamente y cabalga desbocada hacia el abismo. En algún momento alguien hablará más de la cuenta, se enterará de lo que estás haciendo este tiempo...

—Joder, Natxo, sabes que no hago nada malo. Tal vez pueda parecer para ciertas mentes incluso poco ético, pero ¿quién lo decide? ¿Una sociedad egoísta que solo cree en sus prejuicios? ¿Tal vez una serie de normas de obligado cumplimiento universalizadas por la filosofía? ¿Los estándares sociales? Dudo mucho que sea inmoral mi comportamiento.

—¿Inmoral dices? Anormal sería más exacto. No me vengas con todo ese rollo filosófico sentencioso. Hablamos de una chica que tiene solamente diecisiete años, Aitor... ¡Diecisiete! Tú tienes cuarenta y dos. No me jodas. Te van a echar del cuerpo, si se enteran los superiores. Como husmeen los de Asuntos Internos, lo más probable es que te recriminen un aprovechamiento sexual por inmadurez de la víctima o abuso de poder, eso si no te utilizan como chivo expiatorio para soterrar algún trapo sucio, acusándote públicamente para pedirte, además de la placa de ertzaina, tu puta cabeza en una bandeja de plata, como hizo Salomé con la de Juan el Bautista.

—Qué puesto te veo en la historia de la religión...

—No es una broma, tío. Esto no se trata de una chiquillada, ni un maldito escarceo amoroso a la luz de la luna con una mujer despechada. Ni de alguna importunada que te quiera hundir en la miseria acusándote en falso por haberte propasado con ella. Hablamos de algo mucho más serio. ¿Eres consciente de que la prensa daría lo que fuera por tener una noticia así?: «Se descubre que un inspector de la Unidad de Investigación Judicial se acostaba con una menor de edad. El mismo policía que se encarga de atrapar a los perversos sexuales es uno de ellos...»

—No te pases tanto. Eres totalmente injusto conmigo —protesté desesperado, cansado ante el ataque frontal sin clemencia de mi amigo—. Sabes que eso es falso por completo. Jamás abusaría ni me aprovecharía en ningún momento de una mujer, ya fuese menor o no. Si algo tengo por todas ellas es un gran respeto y admiración. Antes me tiro desde el puente de Róntegui que forzar a una chica. Lo que ocurre es que estoy enamorado de Naiara de una manera extraña. —Natxo hizo un gesto de incredulidad exagerado cuando me oyó decir eso; la verdad es que a mí también me sonó extraño escucharme pronunciar la frase en alto—. Es una relación de amor mutuo —continué, tratando de justificarme—, de respeto e intercambio. Ella me aporta la vitalidad que me hace falta para seguir haciendo nuestro trabajo, viendo lo que vemos cada día, permitiéndome dormir tranquilo por la noche. Yo le apporto, como

contrapartida, madurez y estabilidad emocional. La quiero, nos queremos. Nunca había sentido algo parecido por nadie. Tiene más edad mental que muchas mujeres de treinta años que he conocido... De hecho, va un curso adelantada en el instituto y dentro de tres meses cumplirá la mayoría de edad. Además, ya sabes, una vez alcanzados los dieciséis se es libre para dar el consentimiento sexual pleno según la propia ley española; no deberían existir problemas legales...

—¿Que no debería haber problemas? ¿Te estás oyendo? En serio; ¡has dicho avanzada en el instituto...! ¡Está en bachiller! Mira, Aitor, nos conocemos desde hace muchos años, tal vez demasiados para tratar de engañarnos mutuamente. Sé que no eres ningún perverso, ni una mala persona, ni nada parecido; al contrario. Pero te estás tirando a una chica que en su carnet de identidad pone que tiene diecisiete años por mucho que ella lo consienta... Ni debo, ni puedo, ni quiero fingir indiferencia o despreocupación.

Nos quedamos unos momentos en silencio contemplando desde la barandilla blanca, con manchas de óxido y salitre, la manera en que las olas arribaban a la playa. Suaves, pausadas, amansadas por una bahía que doma la bravura del Cantábrico domesticando su sempiterna espuma, para bañar así la arena con la delicadeza propia de un amante entregado a comedidos juegos sutiles.

—Salimos juntos y compartimos vivencias, sin más —le confesé al cabo de un rato largo de mutismo—. La respeto y la quiero.

—Me da igual, ¡no me jodas, Aitor! ¡Diecisiete! Y tú cuarenta y dos. ¿Qué coño de vivencias va a tener? ¿Te crees que los compañeros de la comisaría, cuando se enteren, porque se acabarán enterando, te van a mirar de la misma manera pensando que podías estar saliendo o follándote a una de sus hijas? Es indiferente que celebre los dieciocho dentro de cuatro días. Vuestra relación sigue sin tener ni pies ni cabeza...

—Tal vez tengas razón.

Natxo se dio la vuelta y quedó apoyado en el balaustre, de espaldas a la playa de la Concha, contemplando los jardines del Alderdi Eder delante del precioso edificio emblemático del ayuntamiento, antiguo casino donde en los años de la Belle Époque, con sus ruletas y gran salón de baile, se entretenían políticos, escritores y artistas bohemios.

—Claro que la tengo —me dijo serio sin mirarme—. Hazme caso, deja este mórbido asunto cuyo resultado únicamente puede traerte complicaciones. Pide un traslado, cambia de aires... No sé. Eres uno de los mejores investigadores que he conocido, tienes instinto. Además, siendo un experto analizando perfiles, a lo mejor tendrías que examinar el tuyo y reflexionar un poco sobre lo que estás haciendo en tu vida con esa joven. No lo estropees todo ni la estropees a ella. Si realmente la aprecias y la quieres, como me has dicho, déjala, hazte a un lado. Olvídala.

Esa fue la última vez que vi al inspector Natxo Etxamendi, mi compañero de trabajo, además de buen amigo. Una referencia de cómo debía de ser un policía distinguido y, a juzgar por el rapapolvo existencial que me echó, también una voz de la conciencia que me ayudaba a meditar.

Era un hombre fuerte, curtido en años y de rasgos duros. Entró en la policía vasca en las primeras promociones habiéndose forjado una posición influyente dentro del cuerpo. Sindicalista convencido, luchaba por conseguir los mejores escenarios laborales para todos los agentes contra viento y marea. Trabajábamos juntos en

investigación desde hacía tanto tiempo que ya ni lo recordaba. Nos conocíamos bien y nos respetábamos. Su mujer era amiga mía de la infancia, de cuando correteábamos por las calles de Bilbao tras una pelota, jugando a las canicas o mirando las obras de la ría, que se estaba transformando junto con toda la villa en una ciudad distinta, sedienta de arte y cultura, reclamando un hueco en el panorama nacional por encima de su poderío productivo basado en la industria.

Aquel día, recién empezadas las vacaciones, habíamos quedado para comer en Donosti y para hablar. La propuesta fue suya; quería decirme lo que pensaba acerca de mi situación. Cuando pasadas las seis de la tarde deshicimos desde Amara el paseo que bordea la bahía donostiarra, repleto a esas horas de turistas haciendo *selfies*, nuestras vidas cambiaron radicalmente: él me dio un abrazo y se marchó hacia el *parking* bajo la catedral del Buen Pastor, donde tenía estacionado el coche. Al día siguiente comenzaría unas merecidas semanas de descanso junto a su familia en un *camping* de Las Landas francesas. Yo me despedí agradeciendo su afecto y sus observaciones, y decidí quedarme un rato apoyado sobre la barandilla del enrejado del paseo, escrutando la isla de Santa Clara mientras que el sol de media tarde luchaba por no ser engullido en el vasto mar. Una brisa fresca muy típica del norte comenzaba a soplar ligera.

Allí mismo, junto a un payaso callejero que hacía globos con forma de perro para los niños que paseaban con sus padres por el parque repleto de tamarinos y palmeras, había decidido romper con todo y rehacer mi vida.

Pedí una excedencia esa misma semana en la comisaría de Bilbao a la que estábamos adscritos y me marché al caserío de mi tía Estíbaliz en Maeztu, al sureste de Vitoria, donde ayudaría a los únicos familiares que me quedaban vivos con las labores del campo, tan exigentes en los meses de la canícula veraniega. Acabé la relación con mi chica alegando un traslado inexistente (al menos de momento) y rompí en minúsculos pedacitos varios principios que me había propuesto no romper jamás, entre ellos el de ser sincero. Por supuesto, Naiara quiso venirse conmigo hasta el fin del mundo, pero, como he dicho antes, mis promesas se quebraron en un llanto compartido que duró mucho más de lo que yo creía.

Cuando se reincorporó Natxo al servicio en julio de aquel año, a la vuelta del asueto francés, le asignaron un nuevo compañero para reemplazarme. Teníamos pendiente, antes de que llegaran las fiestas de Vitoria el cuatro de agosto, el encontrarnos de nuevo para tomar unas cañas por la capital alavesa; un punto estratégico, ya que nos quedaba a ambos a un tiro de piedra de nuestras actuales residencias. Entonces fue cuando otro tiro, escupido por la boca de una Walther P38 de 9 mm. parabellum manejada por un traficante argelino de heroína adulterada, acabó prácticamente en el acto con mi querido camarada en el momento en que efectuaban una redada dentro de un kebab de la calle San Francisco de la capital vizcaína. Formaban parte de un operativo policial de búsqueda de unos camellos encargados de colocar su porquería blanca a la salida del campus universitario de Deusto, como quien vende gominolas en un parque de atracciones.

A los cuatro meses de aquel suceso, una vez que había llorado por mi chica y por mi amigo, en septiembre, me presenté a la «pasarela», que es como se llama coloquialmente la opción dada a los Mossos d'Esquadra, la Ertzaintza y a la Foral de Navarra para cambiar de cuerpo y acceder a la Policía Nacional en igualdad de escala, categoría y rango. Como en el sur de España andaban bastante escasos de expertos en

criminología, asesinatos y delitos de investigación que requerían experiencia en perfiles, no me fue difícil lograr una plaza en Málaga. Quería irme lejos, lo más lejos. Al calor. Cambiar de clima, de gentes, de mundo... De vida.

En las navidades de 2017 me confirmaron que la solicitud registrada había sido admitida a evaluación. Mi impecable historial y los años de servicio comprometidos jugaron plenamente a favor agilizando los trámites. En febrero me llamaron los de recursos humanos de la Comisaría Central de Málaga para confirmar mi admisión en la PN. Debía incorporarme en la Comisaría Provincial para comenzar las pruebas, es decir, pasar los reconocimientos médicos, psicológicos, las prácticas de tiro y test de aptitud, durante la última semana de abril para, finalmente, presentarme ante mis nuevos superiores el treinta del mismo mes.

Las cartas estaban echadas por fin sobre el tapete con el propósito de disputar una nueva partida. En modo alguno para mi desgracia podía imaginarme, como más tarde descubriría, la mano tan caprichosa que el destino había barajado y me había repartido para que la jugara de la mejor manera posible.

CAPÍTULO 1

AUTOVÍA DEL NORTE, AUTOVÍA DEL SUR

Miércoles, 18 de abril de 2018

Acababa de pasar Aranda de Duero y sentía como el olor a cordero asado en hornos de leña había inundado de aroma mi vieja furgoneta americana con asientos de cuero y tapizado azulón, creando una extraña simbiosis entre lo genuinamente yanqui y lo tradicionalmente castellano.

A menos de diez kilómetros, la pequeña población de Milagros, con su transitada área de servicio siempre en constante agitación, apareció ante mis ojos a un lado de la autovía. Cuando circulaba por aquellas tierras, de Pascuas a Ramos, y bordeaba el pueblo con pocos más de cuatrocientos habitantes, recordaba con agrado ese nombre, repitiéndolo mentalmente para mis adentros.

Milagros era una robusta y regordeta mujer que durante muchos años regentó una panadería artesanal en el barrio de Artxanda, en Bilbao, donde nació y me crió. Recuerdo perfectamente el aroma a pan y pastelitos recién horneados que invadía toda la calle usurpando cualquier otro sentido. De pequeño, acompañaba a mis aitas a por la chapata poco hecha que adquiriríamos a diario. Al entrar en el local, mis glándulas salivares comenzaban a funcionar a una velocidad descabellada, incapaces de asimilar la mezcla de agradables sensaciones gustativas. La propietaria siempre me obsequiaba con un placentero choripán, esa pequeña masa de panecillo relleno con chorizo que alguien tuvo la osadía de cocinar una vez, creando un bocado sencillo e insuperable. Milagros me decía con frecuencia lo guapo que era y lo rápido que crecía; supongo que se lo diría a todos, pero a mí sus palabras me llenaban de cierto orgullo y recatada prudencia. Así fue también cuando tenía edad para bajar solo a comprar, no sé, tal vez con diez o doce años. Cada vez que entraba me convidaba con algún bollo o trenza recién preparado mientras la voz gruesa que salía de aquel cuerpo orondo, madurado por los años de trabajo y esfuerzo, aunque extraordinariamente ágil, terminaba en un piropo que, siendo casi mozalbete, me hacía sonrojar: «Qué hermosote estás, chaval, y qué alto vas a ser. Las vas a tener a todas locas; te las vas a llevar de calle...».

Un tiempo después, coincidiendo con mi pubertad repleta de acné, carácter intransigente y gallos ridículos, Milagros cerró el negocio. Entre las franquicias de panes industriales, los propios supermercados que lo elaboraban a partir de masas congeladas, y acompañada de una diabetes que no la dejaba vivir, la gruesa panadera optó por retirarse y dejarnos a todos nosotros con una sensación de vacío espiritual y carentes de una buena rebanada de pan artesano.

Recuerdo que la última vez que me encontré con la panadera bilbaína fue a mediados de verano del año siguiente. Regresando hacia casa por la avenida

Abandoibarra la vi caminar con dificultad junto a la ría, cerca de donde comenzaría a removerse el suelo para erigir años después el museo Guggenheim, el revulsivo que Bilbao necesitaba para abandonar de una vez por todas la decadente industrialización que coleaba en lenta agonía, y así alzarse convirtiéndose de manera imparable en una villa de referencia a nivel mundial mezclando con acierto cultura y modernidad. Fui a saludarla, pero me frené a medio camino. El olor a alcantarillado que ascendía entonces hacia el paseo no agradaba y tal vez pensé, en una elipsis de añoranza, que aquellos panecillos de antaño, cuya fragancia, asociada a un cúmulo de sensaciones agradables e insustituibles dentro de la mente, debían quedar vinculados al recuerdo junto a mi querida Milagros en unos años felices e irremplazables.

Atravesé Madrid a mediodía, o más bien la bordeé en una curva exagerada por la M50 bajo el estruendo de los aviones que despegaban y aterrizaban a un ritmo frenético, en un barullo controlado, desde el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas. Caían unas gotas de lluvia que se deslizaban sinuosas por el parabrisas, las suficientes para que los limpias hicieran un par de barridos, mientras contemplaba a lo lejos las cuatro torres oteando vigilantes en el horizonte. Sus siluetas esbeltas se alzaban como queriendo escapar hacia el espacio limpio, ingrávito y carente del perpetuo *smog* flotante sobre la capital de España, que formaba una especie de bombín grisáceo que lo cubría todo de tristeza, recordándonos que el cambio climático es una verdad incuestionable. Me vino a la mente Alcalá de Henares y los buenos momentos que había pasado estudiando en esa universidad, donde se forjó mi destino profesional de manera determinante.

Paré más tarde a comer en un restaurante a pie de ruta en La Mancha, tierra noble de buenos vinos y mejores quesos, en la que un molino de viento encalado en blanco, con sus aspas negras recién pintadas recordaba al viajero las literarias aventuras de Don Quijote, uno de esos libros que tuvimos que aprender en clase de Lengua y Literatura sin entender apenas nada y provocando que, una vez maduros, nuestro destemple hacia la inconmensurable obra de Cervantes rozara casi la desfachatez. Tras el tentempié ligero, como mi equipaje, proseguí el camino durante bastantes kilómetros un tanto lánguido, con abundante tráfico de camiones, cielo oscuro y amenaza de chaparrón. Sonaban los Dire Straits en una emisora local y lograron animarme un poco al ritmo de *Money for nothing*, una de mis canciones favoritas de todos los tiempos habidos y por haber.

Cuando me adentré en la provincia de Jaén, un nuevo nombre rotulado en las señales de tráfico informativas me hizo sentir bien: La Carolina. No sé si tal vez mi estudio de perfiles criminales o las investigaciones que siempre intento completar de manera meticulosa me acaban llevando a asociar cosas, objetos, nombres..., y La Carolina no iba a ser diferente en esta ocasión.

Además de la consabida importancia de la población en sí misma, por ser la puerta de entrada a Andalucía a través del impresionante Parque Natural de Despeñaperros (cuyo nombre me acojonaba desde niño al pasar por allí cuando viajábamos en el SEAT 131 de mis padres, con asientos de escay y salpicadero de plástico cantoso); o las cercanas Navas de Tolosa que, como el Quijote, estudiábamos sin demasiado convencimiento en aquel lejano tránsito entre la EGB y la LOGSE que nos complicó un poco más la ya de por sí enrevesada pubertad; Carolina sonaba en mi interior de diferente manera. Por un lado, gracias a los compases de la famosa canción

de M. Clan, que por cierto no dejaba muy claro si el cantante hacía referencia a la dependencia absorbente hacia la cocaína o a una relación impropia con una menor (mis pensamientos se enturbiaban cada vez que la escuchaba y recordaba a Naiara). Y, por otro lado, llegaba a mi memoria la nostalgia agradable de una de mis primeras novias de la facultad.

La recuerdo perfectamente: menuda, de piel clara, con el cabello rubio oscuro cortado a lo vasco dejando el flequillo característico tan aberzale en una melena corta de pelo lacio. Además de su nombre, poco común en Euskadi, me llamaron la atención sus ojos expresivos, los pómulos sonrosados y unos pechos firmes y redondos. Muy redondos. Ella estaba empezando la carrera de periodismo en Leioa. Yo le llevaba cuatro años de diferencia, aunque solo un par de cursos, porque tuve que repetir los primeros años de Psicología. Creía en esos momentos de vida estudiantil que esa iba a ser mi carrera de referencia y que en el futuro trabajaría en un hospital importante, privado, tratando con acierto y elegancia los problemas sencillos de personas complejas de alto nivel económico. Aún no tenía claro que existían otras disciplinas más afines a mí y que, además, la policía autónoma podría ser una buena opción al haber sentido desde niño una poderosa atracción ante todo lo relacionado con la investigación y disciplinas policiales.

Una tarde que estábamos solos en el piso compartido de estudiantes en el que residía, fundiendo el dinero de mis padres sin ningún cargo de conciencia, descubrí por qué Carolina tenía esos senos tan perfectamente redondeados: había padecido un agresivo cáncer de mama con dieciséis años, lo que obligó a los oncólogos del hospital de Cruces, donde la atendieron durante los catorce meses que duró aquel calvario, a tomar la decisión de vaciarle los pechos para reconstruírselos posteriormente con moderna cirugía estética. Carolina superó el tumor, superó cualquier complejo y después de lo que me contó aquella tarde superó mis expectativas con un sobresaliente alto. Era una mujer impresionante, alegre y con autoestima muy elevada. Como bien decía ella, con una simpatía casi impropia de una vasca: «Ahora tenía unas tetas que se le caían hacia arriba y no necesitaba ni sujetador. Soy la envidia de la piscina con mi bikini rojo...»

Mi relación con Carolina, a la cual considero la primera novia en serio que he tenido, duró poco tiempo y todavía hay veces que la echo de menos. Recuerdo su manera de enfocar la vida, habiendo tenido que resetear, utilizando un símil informático, ese ordenador cargado de virus convertido en su cuerpo, para empezar otra vez instalando un nuevo sistema operativo de código abierto, libre de software maligno.

Mientras tanto, en ese tiempo, abandoné finalmente Psicología, cansado de profundizar en el *estudio del alma*, como la definían los griegos, pero convencido de que lo aprendido en esos dos cursos alguna vez me serviría. Opté por hacer un grado en Criminalística, con especialización en Ciencias y Técnicas Forenses, durante cuatro años en la Universidad de Alcalá de Henares, en la Comunidad de Madrid. Con la huida de la UPV de Leioa también hui un poco de Carol, porque notaba que la intensidad con la que ella vivía cada momento del día terminaba indefectiblemente agotándome a mí.

Al regresar, tras completar los estudios, decidido a opositar para ser *ertzaina* cuando surgiera la oportunidad, o más bien una convocatoria, comencé a trabajar en una multinacional de transporte por carretera, ayudando al jefe de tráfico en la gestión de las flotas de tráileres para ganarme el sueldo a fin de mes. Me mudé a

Miranda de Ebro, una población burgalesa prácticamente en el límite con Álava, donde la empresa tenía su sede logística y gestionaba las cargas fletadas a lo largo y ancho de toda Europa. Poco después falleció mi padre de un infarto.

Al acudir al funeral, me enteré por mi madre de que Carolina, tiempo antes, había sufrido un trágico accidente de tráfico cuando iba de vacaciones a Benidorm que se la había llevado por delante, con todas las ilusiones, proyectos y enfermedades superadas. Un conductor adormilado por un consumo exagerado de alcohol saltó la mediana de la autopista y volcó contra el utilitario de mi exnovia. Ninguno de los dos tuvo la menor oportunidad. Acaso la muerte a veces parece que te persigue, paciente, al acecho de encontrar una oportunidad de alcanzarte. «La vida es una mierda», pensé... Sí, pero es la única que tenemos y no es cuestión de desaprovecharla demasiado.

A los dos años de todo aquello, cuando oposité a la Ertzaintza y entré con buena nota en la promoción número dieciocho, mi madre sucumbió tras una larga agonía sin que pudiera llegar a verme con el uniforme de gala. Estoy convencido de que murió de pena, pues su salud nunca había sido mala. No pudo soportar quedarse sin la compañía de mi padre, con el que cada día bajaba a *potear* unos vinos por las Siete calles bilbaínas. Sencillamente fue incapaz de superarlo y pasar página.

Entre tantos recuerdos que me afluaban, rebasé Bailén y, al dejar atrás el desvío hacia Úbeda, decidí poner en el Spotify de mi teléfono, que lo había conectado de manera casi artesanal al viejo equipo de música de mi Chevrolet Astro Van del 2000, un recopilatorio de Joaquín Sabina que me animó las siguientes horas de viaje. Sonó el inmejorable directo que grabó junto a Viceversa en 1986 en el teatro Salamanca de la capital de España. Disfruté *Pisando el acelerador, En unas rebajas de enero, Junto a Juana la loca...*

Acompañado por los sones del maestro cantautor, circunvalé Jaén cuando el olor a aceitunas y aceite, que ya llevaba unos kilómetros asediando el habitáculo, se intensificó de una manera exagerada. Un poco más adelante, me detuve a repostar en un área de servicio. Aún me quedaban más de doscientos kilómetros hasta mi destino final, que era un apartamento en alquiler en una urbanización ajardinada, con piscina y muy tranquila, según me habían prometido, en la playa de la Carihuela en Torremolinos, a media hora de la Comisaría Provincial de Málaga por carretera o en los trenes de cercanías de Renfe, y en pleno meollo de la Costa del Sol.

Había quedado con Damián, el encargado del complejo, que hacía las veces de conserje, jardinero, albañil, chapuzas en pequeñas reparaciones domésticas y cualquier otra cosa que se le pidiera, siempre que uno estuviese dispuesto a entregar una propina justa al respecto, como no podía ser de otra forma. Lamentablemente para mí, su horario de trabajo terminaba a las seis de la tarde por lo que no iba a llegar a tiempo en forma alguna para recoger las llaves del piso, de manera que opté por cenar con calma en el restaurante El Oasis 2 del área de descanso Cepsa para posteriormente pernoctar en esa comarca.

En el establecimiento hotelero, sencillo, estaríamos a la mesa no más de una docena de comensales. La mayoría eran camioneros de rostro cansado, moldeado por las millas devoradas en jornadas interminables al mando de un *quinta rueda*. Al fondo, un par de viajantes pegados a sus móviles, con las corbatas a medio ceñir, ultimaban probablemente el cierre de alguna importante venta, a juzgar por sus gesticulaciones.

Una camarera de edad indefinida, cercana y sabedora de su profesión me ofreció un menú del día de dieciocho euros, con vino de año más que decente y postre casero.

Después del café descafeinado de puchero, apto solo para estómagos de reputada consistencia, me permití un descanso apropiado, optando por disfrutar de la terraza exterior del local frente al aparcamiento, en un atardecer que los foráneos consideraban fresca, aunque a mi juicio resultaba agradable. Allí me senté a una mesa acompañado del inseparable Kindle, el lector de libros electrónico que me servía de acólito en cualquier lugar a donde iba. Todo ello en la inmejorable compañía de un Gin-Kas con el hielo justo.

Al poco rato de iniciarme en la lectura, un hombre de unos cincuenta y muchos años con una copa en la mano, de lo que luego supe que era chinchón de alto octanaje, me pidió permiso para compartir mesa, por cierto, la única que estaba ocupada fuera del cálido resguardo del local. Acepté con un gesto y una media sonrisa un poco por compromiso, ya que mis deseos eran en esos momentos más bien ermitaños.

Se presentó como Paco y me ofreció un cigarro que rechacé sin dudar (me costó bastante dejar de fumar cuando me preparaba para las pruebas de acceso en la academia de Arkaute de la Ertzaintza y no tenía la menor intención en recaer). Él puso uno entre los labios resecos y lo prendió con un mechero de propaganda tras preguntarme si me importaba. Negué con la cabeza. Francisco era un hombre grande, corpulento. Su cara con prominente nariz aguilena dejaba entrever, bajo unas pobladas cejas casi unidas, el desgaste que el paso del tiempo le había generado en la piel. Le faltaba el lóbulo de la oreja derecha y una verruga fea y peluda asomaba bajo el pliegue de la barbilla. Pese a todo, su expresión era afable, con una mirada sincera y de ponderada profundidad.

—Hoy el viento es una brisa fresca del este. Viene de Sierra Mágina —me explicó, señalando con el brazo extendido hacia unos montes que sobresalían recortando el relieve, donde se apreciaban imponentes, pese a que iba oscureciendo por momentos—. Es aquel macizo montañoso tan alto —continuó sin apartar la mirada del cerro—. Enfría el aire que lo atraviesa y baja la temperatura de estas tierras.

—¿También en verano? —pregunté para no parecer descortés, aunque sin demasiada curiosidad.

—No, no, que va. En verano el aire se torna mucho más cálido y cambiante. —Volvió a mirarme mientras daba una calada intensa al cigarrillo. Unas chispas saltaron espontáneas de las brasas incandescentes—. Cuentan por aquí una leyenda sobre el viento, que pone los pelos de punta...

Cerré la tapa de mi libro electrónico convencido de que el rato de lectura había terminado de manera irremediable por esa noche.

—Usted es vasco, ¿verdad? —continuó—. Tienen un acento muy característico.

—Sí, de Bilbao. Tengo familia repartida también por otros lugares de Euskadi.

—Bonita tierra, sí señor —aseguró—. Con sus leyendas y mitos ancestrales, brujerías y aquelarres. —Los ojos del hombre parecieron brillar hacia un rojo casi misterioso al dar otra calada a su pitillo en la penumbra del mirador. Sentí un breve estremecimiento, sin duda por el aire; creo...

—¿Qué historia me iba a contar?

—Soy de Andújar, ¿sabe?, aceitunero de toda la vida, desde mozalbetes. Y cuentan que una noche de marzo, como la de hoy, cuando el viento fresco de la sierra estremecía a sus habitantes con un silbido inquietante, Engracia, la encargada del hotel, enloqueció de pronto.

—¿Encargada del hotel de ahí atrás? —le pregunté, señalando el edificio que ocupaba el hotel Oasis situado antes de la gasolinera, del que nos separaban unos cientos de metros y una rotonda de grava.

—No. El hotel es ahora una ruina. Está unos pocos kilómetros más adelante dirección Granada, en el desvío a Carchelejo —continuó el jiennense apurando medio aguardiente de un trago—. Como le decía, la dueña del local, que había perdido hacía poco a su marido cuando intentó asesinarla a ella y después se suicidó colgándose de una viga creyéndola muerta, no andaba muy bien tras aquel suceso. Quedó un poco trastornada. Decía que oía voces que le susurraban llantos y amenazas de su difunto marido los días de viento...

—Como hoy.

—Efectivamente. Y una noche, siendo casi primavera, el sonido de la ventisca se transformó en voz al pasar entre los marcos de las ventanas. Engracia, movida por la desesperanza, decidió acabar con las voces y con su vida pegando fuego al hotel con ayuda del bidón de gasolina que guardaba en el sótano para alimentar el grupo electrógeno cuando fallaba el suministro eléctrico, algo bastante frecuente en aquella época. Las llamas, impulsadas por el viento, asolaron la hospedería en muy poco tiempo, antes de que los bomberos del retén provincial llegaran. Las trece personas que ocupaban las habitaciones fallecieron calcinadas junto a ella. —El hombre se levantó dirigiéndose lentamente hacia la puerta del bar una vez que había terminado su copa, con la intención asimismo de concluir también la historia y, al parecer, la charla—. Desde aquel terrible suceso, si uno escucha con atención el silbido del aire cuando arrecia rabioso, dicen que pueden distinguirse los gritos de los huéspedes pidiendo socorro en un aullido angustioso —concluyó desde mi espalda.

Apuré hasta el fondo mi segundo combinado, notando en el cogote un nuevo escalofrío. No soy en modo alguno una persona que se deje influenciar fácilmente por las leyendas; al fin y al cabo, son relatos folclóricos con ciertos orígenes históricos y moldeadas en cada lugar por el boca a boca de varias generaciones. Todas ellas son normalmente fruto de las tradiciones de antaño en las que se narra una mezcla de hechos, casi siempre sobrenaturales, a caballo entre el mito y la realidad. Las había estudiado bien. Fue una asignatura optativa que elegí para sumar créditos y acabó seduciéndome como el propio diablo lo había hecho mucho tiempo antes con las endemoniadas mujeres que lo adoraban en las cuevas de Zugarramurdi y Azcondo, o en los dólmenes y peñas esparcidos por toda la mística Euskal Herria en su amplia extensión, incluyendo Navarra y el País Vascofrancés. Supervisadas acaso por La Mari: la Dama, Señora y numen fantástico según el historiador, lingüista, experto en folklore tradicional vasco y antropólogo Julio Caro Baroja; al que admiraba por su extensa dedicación al estudio de la tradición del pueblo vasco. Hemos de aprender de nuestras propias raíces para poder entendernos un poco más, y terminar con la intransigencia fruto muchas veces del desconocimiento de la cultura local.

Así que me levanté para despedirme del aceitunero con cierto escepticismo ante su relato, pero cual fue mi sorpresa cuando descubrí que ya no estaba detrás de mí. Se había como evaporado sigilosamente. Tal vez el viento lo había llevado junto a

los quejidos lastimeros de los calcinados...

Miré el reloj y, viendo que eran las nueve y media pasadas, decidí que estaba lo suficientemente cansado y con una proporción más que recomendable de alcohol en sangre como para cerrar los ojos, confiando en que Morfeo me custodiara. Podía haber optado por alquilar una habitación en el hotel próximo, pero en el último momento, un poco por pereza y un tanto por desgana, estacioné la furgoneta entre dos camiones del aparcamiento que me daban seguridad, pasé a la amplia parte trasera y convertí el asiento posterior en cama.

Me acosté al amparo de un cielo estrellado que veía a través del techo solar panorámico descorrido.

Jueves, 19 de abril de 2018

Reinicié la marcha temprano, una vez tomé un desayuno continental en el hotel del área de servicio. Transitando unos pocos kilómetros, vi unas ruinas oscuras y requemadas de lo que antes debió de ser una construcción grande, a juzgar por las proporciones de sus restos ennegrecidos. No pude sino recordar la historia que aquel hombre maduro me había contado la noche anterior.

Poco después estaba en la carretera de circunvalación de Granada, antigua capital del reino Nazarí, con un intenso tráfico matinal. A lo lejos, la monumental estructura de la Alhambra junto a los jardines del Generalife y el Albaicín me saludaban con un sol naranja reflejado en las piedras que escribían la variada historia de nuestra civilización, formada por la pluralidad y el legado de diferentes pueblos y culturas. Más al fondo, en el horizonte cercano, el impresionante macizo montañoso de Sierra Nevada me hacía un guiño de complicidad con un blanco casi perenne en sus inalcanzables picos, los más altos de toda Europa occidental, con permiso de los Alpes.

Un poco más al sur, comprobé que el sol había salido por Antequera, como era obligación, y Rosendo cantaba a su manera. Rápidamente bordeé Málaga capital, espléndida y radiante de luz, donde el denso y acucioso tráfico de la autopista del Mediterráneo aconsejaba circular con extrema precaución. Tomando el desvío al aeropuerto, enfilé el vehículo hacia Torremolinos. Descendí por la angosta entrada mal asfaltada que pasa junto al Jardín Botánico del Molino de Inca, para ir luego atravesando calles y glorietas en las que reinaba la anarquía en justa moderación.

Finalmente, el GPS de la furgoneta me llevó hasta la misma puerta de mi destino. Había llegado en un tiempo récord, apenas eran las diez y media de la mañana. El sol brillaba sin una nube que se atreviera a sombreadarlo, dando al paisaje una luz que no conocemos en el norte a pesar de ser principio de primavera, lo que se me antojó como un cordial recibimiento.

Giré de manera poco ortodoxa ante una gasolinera ruidosa en medio de la avenida Carlota Alessandri para meterme en la embocadura del complejo residencial de paredes blancas y frondosa vegetación que iba a ser mi nuevo hogar. Detuve el Chevrolet ante la puerta eléctrica destinada al acceso de vehículos y toqué el claxon un par de veces para ver si el encargado aparecía.

Una señora de gesto amable y vestido estampado que salía del recinto me saludó cortés, permitiéndome entrar por la puerta peatonal. Al fondo de uno de los

jardines, se asomó atento Damián, el jardinero, mirando hacia donde me encontraba. Vino a mi encuentro y nos saludamos con un intenso apretón de manos mientras hacíamos las presentaciones. Me entregó las llaves, abrió el portón exterior y me explicó lo necesario para situarme.

Viernes, 20 de abril de 2018

Me levanté temprano para salir a correr un rato. No es con lo que más disfruto, ya que prefiero entrenar en el gimnasio con los aparatos, la cinta, pesas e incluso con clases dirigidas destinadas a tonificar de manera correcta los músculos, pero hasta que encontrara uno a mi gusto no iba a quedarme sin hacer nada de ejercicio.

Descendí calle abajo hacia el paseo marítimo. La mayor parte de los restaurantes y hoteles ante los que pasaba al trote se encontraban ultimando detalles de cara a los turistas que, tras la abarrotada Semana Santa, acudirían al municipio más adelante en sus vacaciones de verano. Me deslicé con las Adidas de *running* por la calle Francia, donde me llamó la atención una tienda holandesa que vendía margarinas de triples sabores imposibles, y pasé junto a un restaurante argentino, que exponía en un pedestal hecho a medida para eludir el desnivel de la calle a una enorme vaca sintética de tamaño natural pintada con dispersas manchas negras que servía como reclamo de las carnes a la brasa, especialidad del local. Allí mismo, ante la res artificial, la calle de San Ginés y la calle Mar desembocaban en una fuente plantada ante el colegio público Albaida, adscrito a las risas, los balones y los columpios. Bordeándolo, confluí en el paseo marítimo de la Costa de la Carihuela. Dudé unos momentos en si girar para la izquierda o para la derecha. Una chica con maillot rosa que también pasó corriendo rumbo hacia el pueblo, me influyó para ir tras ella hacia la Punta Torremolinos, conocida como Las Rocas, en la playa Rincón del Sol dirección Bajondillo.

Yo apenas conocía Torremolinos. Únicamente el tiempo que estuve buscando alojamiento para alquilar. Fue el mes de marzo durante casi cuatro días. Miré una docena de apartamentos que la agencia de Benalmádena me tenía preparados para aprovechar al máximo mi visita relámpago. Samanta fue mi agente inmobiliaria esos días. Era una mujer madura, apuesta, con el atractivo propio que aportan los años junto a una refinada experiencia en el vestir. Calzaba unos zapatos de tacón alto que la elevaban al menos diez centímetros sobre los adoquines. Rubia de peluquería y tinte siempre impecable, lucía una blusa ceñida y falda corta que daba vida a unas interminables piernas morenas de rayos UVA y sol a partes iguales. Iba a buscarme al hotel, inspeccionábamos los pisos a los que nos trasladábamos en su coche, continuábamos por la tarde viendo algún otro y nos decíamos adiós a eso de las ocho y pico hasta la mañana siguiente. Así dos días. El último no nos despedimos al acabar las visitas. La invité a cenar como agradecimiento por su dedicación y acabamos en la habitación de mi hotel follando como locos. Se olvidó de las ventas, del teléfono móvil que no paraba de vibrarle, casi tanto como su sexo ardiente, y también se olvidó en esa ocasión de su marido y de sus hijos. A las doce de la noche, como *La Cenicienta* atemperada y menos cruel que nos regaló Charles Perrault, desapareció a la carrera. En lugar de dejarse un zapato, como le ocurrió a la protagonista del relato folclórico, se extravió el sujetador en mis aposentos. Aún lo guardo, no porque sea fetichista, sino porque albergo la remota esperanza de poder devolvérselo en persona algún día si

consigo volver a encontrarme con ella.

Curiosamente, tras regresar a Euskadi al caserío de mis tíos, donde vivía temporalmente, opté por alquilar vía telefónica un piso que no había visto. Samanta me llamó entusiasmada desde la agencia cuando le entró un apartamento que inmediatamente reservó pensando en mis necesidades. No me dio tiempo a pensármelo: me envió unas fotos del complejo, de la vivienda, de los jardines, de ella en *topless* recordándome que tenía algo que le pertenecía... Señaló la situación en un plano, me aseguró que era tranquilo y negoció un precio al mes excepcional. No pude negarme.

La semana siguiente, algo más situado en mi nueva ciudad, me apunté a un gimnasio cercano que me pareció adecuado. Sencillo en equipamientos, pero bastante bien cuidado y limpio, virtudes que valoro por encima de otras muchas. Fui recorriendo las poblaciones cercanas para ir conociéndolas, claro estaba, cuando cumplía con los requisitos de la academia de la comisaría en las pruebas y tests que tenía día sí y día también.

Los días de sol eran cada vez más largos, el clima delicioso sin calores sofocantes (más bien fresquito al anochecer), bastante turismo extranjero que comenzaba a llegar en continuo goteo y yo estaba francamente entusiasmado con mi actual destino y la reciente casa, en espera de incorporarme de facto a la Brigada Provincial de Policía Judicial de la Policía Nacional.